

LA PROFECIA QUE SE CUMPLE A SI MISMA R. K. Merton

En una serie de trabajos rara vez consultados fuera de la hermandad académica, W. I. Thomas, decano de los sociólogos norteamericanos, formula un teorema básico para las ciencias sociales: "Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias." Si el teorema de Thomas y sus implicaciones fueran más conocidos, serían más los individuos que conocerían mejor el funcionamiento de nuestra sociedad. Aunque carece de la generalidad y la precisión de un teorema newtoniano, posee el mismo don de pertinencia, y es aplicable instructivamente a muchos, si es que no a la mayor parte, de los procesos sociales.

EL TEOREMA DE THOMAS

"Si los individuos definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias", escribió el profesor Thomas. La sospecha de que estaba llegando a un punto crítico se hace muy insistente cuando advertimos que el mismo teorema en esencia había sido formulado por mentalidades disciplinadas y observadoras mucho antes que Thomas.

Cuando vemos mentalidades, por lo demás discrepantes, como el obispo Bossuet en su apasionada defensa, en el siglo XVII, de la ortodoxia católica, el irónico Mandeville en su alegoría del siglo XVIII acribillada de observaciones sobre las paradojas de la sociedad humana, el genio irascible de Marx en su revisión de la teoría de Hegel sobre el devenir histórico, el fecundo Freud en obras que quizá llegaron más lejos que ningunas otras de su tiempo en la modificación de la perspectiva del hombre sobre el hombre, y el erudito, dogmático y de vez en cuando sólido profesor de Yale William Graham Sumner, que pervive como el Carlos Marx de las clases medias; cuando vemos a esta heterogénea compañía (y yo la elegí de una lista más larga, si menos distinguida) de acuerdo sobre la verdad y la pertinencia de lo que es en esencia el teorema de Thomas, podemos concluir que quizá merece también nuestra atención.

¿Hacia dónde, pues, dirigen nuestra atención Thomas y Bossuet, Mandeville, Marx, Freud y Sumner?

La primera parte del teorema es un incesante recordatorio de que los hombres responden no sólo a los rasgos objetivos de una situación, sino también, y a veces primordialmente, al sentido que la situación tiene para ellos. Y así que han atribuido algún sentido a la situación, su conducta consiguiente, y algunas de las consecuencias de esa conducta, son de-

terminadas por el sentido atribuido. Pero esto es todavía bastante abstracto, y las abstracciones hallan modo de hacerse ininteligibles si de vez en cuando no se enlazan con datos concretos. ¿Cuál es un caso que venga a cuento?

UNA PARABOLA SOCIOLOGICA

Corre el año 1932. El Last National Bank es una institución floreciente. Una gran parte de sus recursos es líquida, sin estar "aguada". Cartwright Millingville tiene mucha razón en sentirse orgulloso de la institución bancaria que preside. Hasta el Miércoles Negro. Al entrar en su banco advierte que el negocio está más activo que de costumbre. Un poco extraño es aquello, ya que a los hombres de la A.M.O.K., planta siderúrgica, y a los de la K.O.M.A., fábrica de colchones, no suele pagárseles hasta el sábado. Pero están allí dos docenas de hombres, evidentemente de las fábricas, formando cola delante de las ventanillas de los pagadores. Al entrar en su oficina privada, el presidente piensa un tanto compasivamente: "Esperemos que no hayan sido despedidos a mediados de semana. A estas horas debían estar en el taller". Pero especulaciones de este género no han hecho nunca prosperar a un banco, y Millingville se dedica al montón de documentos que hay sobre su escritorio. Cuando ha puesto su firma exacta sobre menos de una veintena de papeles, lo inquieta la ausencia de algo familiar y la intrusión de algo extraño. El apagado y discreto zumbido de la actividad de un banco ha cedido el lugar a la molesta estridencia de muchas voces. Ha sido definida como real una situación, y aquello es el comienzo del que acabó como Miércoles Negro, el último miércoles, según podía advertirse, del Last National Bank. Cartwright no había oído hablar nunca del teorema de Thomas, pero no encontraba dificultad en reconocer su acción. Sabía que, a pesar de la liquidez relativa de las partidas del banco, un rumor de insolvencia, una vez creído por un número suficiente de depositantes, daría por resultado la insolvencia del banco. Y al terminar el Miércoles Negro —y el aún Más Negro Jueves—, en que largas filas de inquietos depositantes, cada uno de los cuales trataba frenéticamente de salvar lo suyo, se prolongaron en filas aún mayores de depositantes aún más inquietos, resultó cierta la insolvencia.

La estructura financiera estable del banco había dependido de una serie de definiciones de la situación: la creencia en la validez del sistema engranado de esperanzas económicas de que viven los hombres. Una vez que los depositantes definieron la situación de otra manera, una vez que dudaron de la posibilidad de que se cumpliesen sus esperanzas,

las consecuencias de esta definición irreal fueron bastante reales.

Este es un caso tipo familiar, y no se necesita el teorema de Thomas para comprender cómo ocurrió; no, por lo menos si uno es bastante viejo para haber votado por Franklin Roosevelt en 1931. Pero con ayuda del teorema, la trágica historia del banco de Millingville quizá puede convertirse en una parábola sociológica que puede ayudarnos a comprender no sólo lo que les ocurrió a centenares de bancos en los "treintas", sino también lo que les ocurre a las relaciones entre negros y blancos, entre protestantes, católicos y judíos en estos días.

La parábola nos dice que las definiciones públicas de una situación (profecías o predicciones) llegan a ser parte integrante de la situación y, en consecuencia, afectan a los acontecimientos posteriores. Esto es peculiar a los negocios humanos. No se encuentra en el mundo de la naturaleza, ni tocado por manos humanas. Las predicciones del regreso del cometa de Halley no influyen en su órbita. Pero el rumor de insolvencia del banco de Millingville afectó al resultado real. La profecía de la quiebra llevó a su cumplimiento.

Tan común es el tipo de la profecía que se cumple a sí misma, que cada uno de nosotros tiene su espécimen favorito. Piénsese en el caso de la neurosis de exámenes. Convencido de que está destinado a fracasar, el angustiado estudiante dedica más tiempo a lamentarse que a estudiar, y después hace un mal examen. La ansiedad inicialmente falaz se convierte en un miedo por completo justificado. O se cree que es inevitable la guerra entre dos naciones. Movidos por este convencimiento, los representantes de las dos naciones se extrañan cada vez más entre sí, contrarrestando cada movimiento "ofensivo" del otro con un movimiento "defensivo" propio. Los montones de armamentos, de materias primas y de hombres armados son cada vez mayores, y al fin, el haber previsto la guerra contribuye a hacerla real.

La profecía que se cumple a sí misma es, en el origen, una definición *falsa* de la situación que suscita una conducta nueva, la cual convierte en *verdadero* el concepto originariamente falso. La especiosa validez de la profecía que se cumple a sí misma perpetúa el reinado del error, pues el profeta citará el curso real de los acontecimientos como prueba de que tenía razón desde el principio. (Pero nosotros sabemos que el banco de Millingville era solvente, que habría sobrevivido muchos años si el falso rumor no hubiera *creado* las condiciones de su propio cumplimiento.) Tales son las perversidades de la lógica social.

Es la profecía que se cumple a sí misma la que explica en gran parte la dinámica del conflicto racial y étnico en los Estados Unidos de hoy. Que es éste el

caso, por lo menos para las relaciones entre negros y blancos, puede deducirse de las mil quinientas páginas de *An American Dilemma*, de Gunnar Myrdal. Que la profecía que se cumple a sí misma puede tener una acción aún más general sobre las relaciones entre grupos étnicos de lo que indica Myrdal, es la tesis del estudio, mucho más breve, que sigue¹.

CREENCIAS SOCIALES Y REALIDAD SOCIAL

Como resultado de no poder comprender el funcionamiento de la profecía que se cumple a sí misma, muchos norteamericanos de buena voluntad (de mala gana en ocasiones) conservan persistentes prejuicios étnicos y raciales. Sienten esas creencias no como prejuicios, como preconcepciones, sino como productos irresistibles de su propia observación. "Los hechos del caso" no les permiten otra conclusión.

Así, nuestro ciudadano blanco de espíritu justiciero apoya decididamente una política de exclusión de los negros de su sindicato obrero. Sus opiniones se basan, por supuesto, no sobre el prejuicio, sino sobre fríos y duros hechos. Y los hechos parecen bastante claros. Los negros, "hasta hace poco del Sur no industrializado, no están disciplinados en las tradiciones del sindicalismo ni en el arte de la negociación colectiva". El negro es rompe-huelgas. El negro, con su "bajo nivel de vida", se apresura a aceptar trabajo por salarios inferiores a los corrientes. El negro es, en suma, "un traidor a la clase trabajadora" e indudablemente debe ser excluido de las organizaciones sindicales. Tales son los hechos del caso según los ve nuestro afiliado al sindicato, tolerante pero de cabeza dura, inocente de toda comprensión de la profecía que se cumple a sí misma como proceso básico de la sociedad.

Nuestro sindicalista no ve, naturalmente, que él y sus compañeros produjeron los mismos "hechos" que observa. Pues al definir la situación en el sentido de que a los negros se les considera incorregiblemente contrarios a los principios del sindicalismo y al excluirlos de los sindicatos, provocó una serie de consecuencias que en verdad hacen difícil, si no imposible, para muchos negros evitar el papel de esquirol. Sin trabajo después de la primera Guerra Mundial y excluidos de los sindicatos, miles de negros no pudieron oponer resistencia a patronos

¹ Lo opuesto a la profecía que se cumple a sí misma es la "profecía suicida", que modifica tanto la conducta humana en relación con lo que habría sido si la profecía no se hubiera hecho, que *no consigue* tener apoyo. La profecía se destruye a sí misma. No se estudia aquí este importante tipo. Para ejemplos de ambos tipos de profecía social, véase *The More Perfect Union*, por R. M. MacIver (Nueva York, Macmillan, 1948); para una exposición general véase "The unanticipated consequences of purposive social action", de Merton, *op. cit.*

rompe-huelgas que tenían una puerta incitante-mente abierta a un mundo de trabajo del cual estaban excluidos de otra manera.

La historia crea su propia prueba de la teoría de las profecías que se cumplen a sí mismas. Que los negros eran rompe-huelgas porque estaban excluidos de los sindicatos (y de un amplio campo de trabajos) y no que eran excluidos porque eran rompe-huelgas, puede verse por la virtual desaparición de los negros como esquiroleros en industrias en que consiguieron ser admitidos en los sindicatos en las últimas décadas.

La aplicación del teorema de Thomas sugiere también cómo puede romperse el trágico, y con frecuencia vicioso, círculo de las profecías que se cumplen a sí mismas. La definición inicial que puso el círculo en marcha debe ser abandonada. Sólo cuando se pone en duda el supuesto originario y se formula una nueva definición de la situación, da el mentís al supuesto la corriente ulterior de acontecimientos. Sólo entonces la creencia deja de engendrar a la realidad.

Pero discutir las definiciones hondamente arraigadas de la situación no es un simple acto de voluntad. La voluntad, o para el caso la buena voluntad, no puede abrirse y cerrarse como una espita. La inteligencia y la buena voluntad sociales son *productos* de diferentes fuerzas sociales. No toman existencia por la propaganda y la enseñanza de masas, en el sentido usual de estas palabras tan caras a los panaceístas sociológicos. En la esfera social, no más que en la esfera psicológica, las ideas falsas no se desvanecen en silencio cuando se las confronta con la verdad. Nadie espera que un paranoico abandone sus deformaciones mentales y sus ilusiones, tan difícilmente adquiridas, al ser informado de que carecen en absoluto de fundamento. Si las enfermedades psíquicas pudieran curarse sólo sembrando la verdad, los psiquiatras de este país sufrirían de desempleo y no de exceso de trabajo. Y una "campaña educativa" constante no destruirá el prejuicio y la discriminación raciales.

No es ésta una posición particularmente popular. Apelar a la educación como un curallotodo para los más diversos problemas sociales, está hondamente arraigado en las costumbres de los Estados Unidos. Pero no deja de ser ilusorio, a pesar de todo. Pues ¿cómo se realizaría el programa de educación racial? ¿Quién va a impartir la enseñanza? ¿Los maestros de nuestras comunidades? Pero, hasta cierto punto, como otros muchos norteamericanos, los maestros comparten los mismos prejuicios que se les pide que combatan. Y cuando no los comparten, ¿se les va a pedir que sirvan de mártires conscientes en la causa de un utopismo educativo? ¿Cuánto duraría en su escuela elemental el maestro de Alabama,

Mississippi o Georgia que intentase desengañar escrupulosamente a sus jóvenes alumnos de las creencias raciales que adquirieron en el hogar? La educación puede servir de ayuda operativa pero no de base principal para un cambio extremadamente lento de las normas que prevalecen en las relaciones raciales.

Para comprender mejor por qué no puede contarse con las campañas educativas para eliminar las hostilidades étnicas que prevalecen, debemos examinar el funcionamiento de intra-grupos y extra-grupos en nuestra sociedad. Los extra-grupos étnicos, para adoptar el poquito de útil jerga sociológica de Sumner, están formados por todos los que creemos que difieren de manera importante de "nosotros" en cuanto a nacionalidad, raza o religión. Lo contrario del extra-grupo étnico es, naturalmente, el intra-grupo étnico, constituido por todos, los que "pertenecen" al nuestro. No hay nada fijo ni eterno en las líneas que separan el intra-grupo de los extra-grupos. Al cambiar las situaciones, cambian las líneas de separación. Para gran número de norteamericanos blancos, Joe Louis es miembro de un extra-grupo, cuando la situación se define desde el punto de vista racial. En otra ocasión, cuando Louis venció al nazificado Schmeling, muchos de esos mismos norteamericanos blancos lo aclamaron como miembro del intra-grupo (nacional). La lealtad nacional tuvo precedencia sobre el separatismo racial. Los cambios bruscos en las fronteras del grupo a veces resultan embarazosos. Así, cuando negros norteamericanos ganaron la palma en los juegos olímpicos de Berlín, los nazis, señalando la ciudadanía de segunda clase atribuida a los negros en diversas regiones de este país, negaron que los Estados Unidos hubieran ganado realmente los juegos, ya que los atletas negros no eran, en nuestra propia opinión, norteamericanos "completos". ¿Y qué podían decir de eso Bilbo o Rankin?

Bajo la benévola guía del intra-grupo dominante, los extra-grupos étnicos están sometidos constantemente a un vivo proceso de prejuicios que, me parece, vicia en forma notoria la educación y la propaganda de masas para la tolerancia étnica. Ese es el proceso por el cual "las virtudes del intra-grupo se convierten en vicios del extra-grupo", digamos parafraseando la observación del sociólogo Donald Young. O, más familiar y quizás más instructivamente, puede llamarse el proceso de "condenado si lo haces y condenado si no lo haces" en las relaciones étnicas y raciales.

VIRTUDES DEL INTRA-GRUPO Y VICIOS DEL EXTRA-GRUPO

Para descubrir que los extra-grupos étnicos son condenados si adoptan los valores de la sociedad protestante blanca y son condenados si no lo hacen, debemos fijarnos primero en uno de los héroes de la cultura de intra-grupo, examinar las cualidades de que lo dotan los biógrafos y la creencia popular, y destilar así las cualidades mentales, de acción y de carácter que en general se consideran absolutamente admirables.

No se necesitan encuestas periódicas de la opinión pública para justificar la selección de Abe Lincoln como el héroe de la cultura que más plenamente encarna las virtudes cardinales norteamericanas. Como dicen los Lynd en *Middletown*, las gentes de aquella pequeña ciudad típica sólo admiten a Jorge Washington al lado de Lincoln como los más grandes norteamericanos. A éste lo reclaman como suyo casi tantos republicanos bien acomodados como demócratas menos acomodados².

Hasta el inevitable niño de escuela sabe que Lincoln era frugal, trabajador, ansioso de conocimientos, ambicioso, devoto de los derechos del hombre corriente, y que logró un gran éxito en subir la escala de la oportunidad desde la ínfima situación de labrador hasta las respetables alturas de comerciante y abogado. (No necesitamos seguir hasta más arriba esta vertiginosa ascensión).

Si uno no sabe que estos atributos y logros cuentan mucho entre los valores de la clase media norteamericana, no tardaría en descubrirlo lanzando una mirada a la exposición que hacen los Lynd de "El espíritu de Middletown". Porque allí encontramos la imagen del Gran Emancipador plenamente reflejada en los valores en que cree Middletown. Y como éstos son sus valores, no es sorprendente ver que las Middletowns de los Estados Unidos condenan y desprecian a los individuos y los grupos que puede presumirse no poseen esas virtudes. Si le parece al

intra-grupo blanco que los negros *no* están tan educados como ellos, que tienen una proporción "indebidamente" alta de obreros no especializados y una proporción "indebida-mente" baja de hombres de negocios y de profesionales, que son manirroto, y así todo a lo largo del catálogo de virtudes y pecados de la clase media, no es difícil comprender la acusación de que el negro es "inferior" al blanco.

Sensibilizados al funcionamiento de la profecía que se cumple a sí misma, debiéramos estar preparados para ver que las acusaciones antinegras que no son manifiestamente falsas son sólo especiosamente ciertas. Los alegatos son ciertos en el sentido pickwickiano de que hemos visto que en general las profecías que se cumplen a sí mismas son verdaderas. Así, si el intra-grupo predominante cree que los negros son inferiores y procura que los fondos para educación no "se malgasten en los incapaces", y después proclama como prueba definitiva de esa inferioridad que los negros "sólo" tienen proporcionalmente una quinta parte de graduados de colegio universitario de los que tienen los blancos, difícilmente puede sorprenderse uno de este transparente juego de prestidigitación social. Después de haber visto el conejo cuidadosamente, aunque no demasiado hábilmente, colocado en el sombrero, no podemos menos de mirar con desdén el aire triunfal con que finalmente se le muestra. (En realidad, es un tanto embarazoso observar que pasaron una mayor proporción de graduados de escuela superior negros que blancos al colegio universitario; manifiestamente, los negros que son bastante tenaces para escalar las altas murallas de la discriminación representan un grupo aún más selecto que la población blanca que pasó por la escuela superior.)

Así, también, cuando el caballero de Mississippi (Estado que gasta cinco veces más en el alumno blanco corriente que en el alumno negro corriente) proclama la inferioridad esencial de los negros señalando la proporción por habitante de médicos entre los negros como inferior a la cuarta parte de la de los blancos, nos impresiona más su embrollada lógica que sus profundos prejuicios. Tan manifiesto es en estos ejemplos el funcionamiento de la profecía que se cumple a sí misma, que sólo los entregados por siempre a la victoria del sentimiento sobre la realidad pueden tomar en serio esas especiosas pruebas. Pero la prueba falsa crea con frecuencia una creencia verdadera. La autohipnosis mediante la propaganda que uno mismo hace no es un aspecto infrecuente de la profecía que se cumple a sí misma.

Basta ya de extra-grupos condenados si no presentan (aparentemente) las virtudes del intra-grupo. ¿Pero y la segunda fase de ese proceso? ¿Puede de-

² Sobre Lincoln como héroe de la cultura vease "Getting Right with Lincoln", penetrante ensayo de David Donald, en *Lincoln Reconsidered* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1956), 3-18. Aunque Lincoln, naturalmente, sigue siendo el jefe nominal simbólico de los republicanos, esto puede ser exactamente otra paradoja de la historia de la misma clase que la que Lincoln advirtió en su tiempo respecto de Jefferson y los demócratas. "Recordando, también, que el partido de Jefferson se formó sobre su supuesta devoción superior por los derechos de propiedad, y suponiendo que los demócratas de hoy son el partido de Jefferson y sus adversarios el partido anti-jeffersoniano, será también interesante observar cuán completamente cambiaron de dueño en cuanto al principio sobre el cual se suponía que estaban divididos al comienzo. Los demócratas de hoy sostienen que la libertad de un hombre no es absolutamente nada, cuando entra en conflicto con el derecho de propiedad de otro hombre; los republicanos, por el contrario, están a la vez por el hombre y por el dólar, pero en caso de conflicto el hombre es antes que el dólar. "Recuerdo haberme divertido mucho en una ocasión viendo a dos individuos parcialmente embriagados entregados a una rucha con sus gabanes, lucha que, tras larga e inocua contienda, terminó quitándose cada uno su propio gabán y poniéndose el del otro. Si los dos partidos principales de hoy son realmente idénticos a los dos de los días de Jefferson y Adams, han realizado la misma hazaña que los dos borrachos." Abraham Lincoln en una carta a H. L. Pierce y otros, 6 de abril de 1859 en *Complete Works of Abraham Lincoln*, editadas por John G. Nicolay y John Hay (Nueva York, 1894), V, 125-26.

cirse en serio que los extra-grupos también son condenados si *poseen* esas virtudes? Puede decirse.

Mediante un perfecto prejuicio bisimétrico, los extra-grupos étnicos y raciales son condenados hagan lo que hagan. La condenación sistemática del miembro del extra-grupo persiste en gran parte *independientemente de lo que haga*. Más aún: mediante el ejercicio extravagante de una caprichosa lógica judicial, es la víctima la castigada por el delito. No obstante las apariencias superficiales, el prejuicio y la discriminación destinados al extra-grupo no son resultado de lo que hace el extra-grupo sino que están profundamente enraizados en la estructura de nuestra sociedad y en la psicología social de sus miembros.

Para comprender cómo tiene lugar esto, debemos examinar la alquimia moral mediante la cual el intra-grupo transmuta fácilmente la virtud en vicio y el vicio en virtud, según lo pida la ocasión. Nuestros estudios procederán por el método de casos.

Empezamos por la fórmula atractivamente simple de la alquimia moral: la misma conducta debe ser valorada de manera diferente según la persona que la exhiba. Por ejemplo, el alquimista experto debe saber inmediatamente que la palabra "firme" se declina apropiadamente del modo siguiente:

yo soy firme,
Tú eres obstinado,
el es terco.

Hay algunos, no versados en las destrezas de esta ciencia, que os dirán que debiera aplicarse una y la misma palabra a los tres casos de conducta idéntica. Esa insensatez antialquímica debe ser ignorada, simplemente.

Teniendo presente este experimento, estamos preparados para observar cómo la misma conducta sufre un cambio completo de valoración en su transición del intra-grupo Abe Lincoln al extra-grupo Abe Cohen o Abe Kurosawa. Procedamos sistemáticamente. ¿Trabajaba Lincoln hasta altas horas de la noche? Esto atestigua que era industrioso, resuelto, perseverante y ansioso de ejercitar al máximo sus talentos. ¿Los judíos o japoneses del extra-grupo trabajan hasta las mismas horas? Esto no atestigua sino su mentalidad de taller de esclavos, su despiadado socavamiento de las normas norteamericanas, sus injustas prácticas de competencia. ¿Es frugal, ahorrativo y moderado el héroe del intra-grupo? Entonces el villano del extra-grupo es tacaño, miserable y cazacentavos. Al Abe del intra-grupo se le debe todo honor por haber sido listo, perspicaz e inteligente, y por el mismo motivo se le debe todo el desprecio a los Abes de los extra-

grupos por ser astutos, ladinos, mañosos y excesivamente despabilados. ¿Se negó el indomable Lincoln a contentarse con una vida de trabajo manual? ¿Prefirió hacer uso del cerebro? Entonces, todas las alabanzas dada su denodada ascensión por la vacilante escala de la oportunidad. Pero, naturalmente, el huir del trabajo manual por el trabajo cerebral entre los comerciantes y abogados del extra-grupo no merece otra cosa que censuras por un tipo de vida parasitario. ¿Estaba Abe Lincoln ansioso de aprender la sabiduría acumulada de los siglos mediante el estudio incesante? La dificultad con el judío es que es un empollón mugroso, siempre con la cabeza metida en un libro mientras la gente decente va a un espectáculo o a un partido de pelota. ¿No quiso el decidido Lincoln limitar su nivel al de la comunidad provinciana? Eso es lo que había que esperar de un hombre de visión. Y si los miembros de los extra-grupos critican las zonas vulnerables de nuestra sociedad, entonces devuélvaseles al lugar de donde vinieron. ¿No olvidó nunca Lincoln, al elevarse por encima de sus orígenes, los derechos del hombre común y aplaudió el derecho de los trabajadores a la huelga? Esto no atestigua sino que, como todos los verdaderos norteamericanos, el más grande de ellos fue eternamente devoto de la causa de la libertad. Pero, cuando examinamos las estadísticas de huelgas, recordamos que las prácticas anti-norteamericanas son consecuencia de que los extra-grupos prosiguen su mala agitación entre trabajadores por lo demás satisfechos.

Una vez enunciada, la fórmula clásica de alquimia moral es bastante clara. Mediante el hábil uso de los ricos vocabularios de encomio y de oprobio, el intra-grupo transmuta fácilmente sus propias virtudes en los vicios de otros. ¿Pero por qué se distinguen tantos miembros del intra-grupo como alquimistas morales? ¿Por qué en el intra-grupo predominante son tantos los entregados por completo a este experimento continuo de transmutación moral?

Podemos encontrar una explicación poniéndonos nosotros a cierta distancia de este país y siguiendo al antropólogo Malinowski a las Islas Trobriand. Porque allí encontramos una norma instructivamente análoga. Entre los trobriandeses, en un grado al que manifiestamente no se acercan aún los norteamericanos, a pesar de Hollywood y de las revistas de confesiones íntimas, el éxito con las mujeres confiere honor y prestigio a un hombre. La proeza sexual es un valor positivo, una virtud moral... Pero si un trobriandés de filas tiene "demasiado" éxito sexual, si consigue "demasiados" triunfos de corazón, cosa que, naturalmente, debiera estar limitada a la *élite*, a los jefes u hombres poderosos, entonces este glorioso *record* se convierte en un escándalo y una abominación. Los jefes *se resienten rápida-*

mente de todo logro personal no justificado por la posición social. Las virtudes morales son virtudes sólo mientras están celosamente confinadas al intra-grupo apropiado. La actividad correcta de gente censurable se convierte en motivo de desprecio, no de honor. Pues es evidente que sólo de este modo, reservando esas virtudes exclusivamente para ellos mismos, pueden los hombres poderosos conservar su distinción, su prestigio y su poder. No podría encontrarse procedimiento más sabio para conservar intacto un sistema de estratificación social y de poder social.

Los trobriandeses podrían enseñarnos mucho. Porque parece claro que los jefes no inventaron por cálculo este programa de atrincheramiento. Su conducta es espontánea, irreflexiva e inmediata. Su resentimiento por la ambición "excesiva" o por el éxito "excesivo" del trobriandés corriente no es fingido es verdadero. Sucede, además, que esta pronta reacción emocional a la manifestación "desplazada" de virtudes del intra-grupo sirve también al útil expediente de reforzar los derechos especiales de los jefes a las cosas buenas de la vida en Trobriand. Nada sería más remoto de la verdad, ni una interpretación más deformada de los hechos, que suponer que esta conversión de las virtudes del intra-grupo en vicios del extra-grupo forma parte de un complot calculado y deliberado de los jefes de Trobriand para mantener a los trobriandeses ordinarios en su lugar. Es, simplemente, que los jefes fueron adoctrinados en una estimación del orden adecuado de las cosas, y consideran parte de su pesada carga el imponer la mediocridad a los otros.

Y, en rápida revulsión de las culpabilidades de los alquimistas de la moral, no tenemos por qué sucumbir al error equivalente de enfrentar simplemente la situación moral del intra-grupo y la de los extra-grupos. No es que los judíos y los negros sean angelicales todos y cada uno de ellos, y que los gentiles y los blancos sean todos diabólicos. No es que la virtud individual deba buscarse ahora exclusivamente en el lado malo de las sendas etno-raciales y el vicio individual en el lado bueno. Hasta es concebible que haya tantos hombres y mujeres corrompidos y viciosos entre los negros y los judíos como entre los blancos gentiles. Es únicamente que el feo vallado que encierra al intra-grupo excluye a los individuos que forman los extra-grupos de ser tratados con la decencia que suele concederse a seres humanos.

FUNCIONES Y DISFUNCIONES SOCIALES

No tenemos más que mirar las consecuencias de esta peculiar alquimia moral para ver que no hay paradoja ninguna en condenar a los miembros de los extra-grupos cuando presentan y cuando no presentan las virtudes del intragrupo. La condenación en los dos casos desempeña una y la misma función social. Los contrarios aparentes se unen. Cuando se tacha a los negros de incorregiblemente inferiores porque (a simple vista) no manifiestan esas virtudes, esto confirma la justicia natural de asignarles una situación inferior en la sociedad. Y cuando se tacha a los judíos o a los japoneses de tener demasiados de los valores del intra-grupo, se hace manifiesto que deben ser controlados con todo rigor por las elevadas murallas de la discriminación. En ambos casos se advierte que la situación especial asignada a los diferentes extra-grupos es eminentemente razonable.

Pero esta ordenación claramente razonable persiste en tener las consecuencias más irracionales, tanto lógicas como sociales. Veamos sólo unas pocas de ellas.

En algunos contextos, las limitaciones impuestas al extra-grupo —pongamos por caso el racionamiento del número de judíos que pueden entrar en los colegios universitarios y las escuelas profesionales— implican lógicamente el miedo a la supuesta superioridad del extra-grupo. Si fuese de otro modo, no se necesitaría practicar ninguna discriminación. Las fuerzas inexorables e impersonales de la competencia académica no tardarían en rebajar el número de estudiantes judíos (o japoneses, o negros) a una cuantía "apropiada".

Esta creencia implícita en la superioridad del extra-grupo parece prematura. No hay, simplemente, pruebas científicas bastantes para demostrar la superioridad de los judíos, los japoneses o los negros. El intento del intragrupo discriminador para suplantar el mito de la superioridad aria con el mito de la superioridad no aria está condenado al fracaso por la ciencia. Además, esos mitos están mal aconsejados. Al fin, la vida en un mundo de mitos tiene que chocar con los hechos en el mundo de la realidad. Por consiguiente, como cuestión de simple egoísmo y de terapia social, podría ser sabio para el intra-grupo abandonar el mito y atenerse a la realidad.

La norma de ser condenado si haces y de ser condenado si no haces, tiene consecuencias ulteriores, entre los extra-grupos mismos. La reacción a supuestas deficiencias es tan clara como previsible. Si a uno se le dice reiteradamente que es inferior, que carece de realizaciones positivas, no es sino demasiado humano aprovechar todas las partículas de prueba de lo contrario. Las definiciones del intra-grupo imponen al extra-grupo supuestamente inferior la

tendencia defensiva a exaltar "las realizaciones de la raza". Como ha observado el distinguido sociólogo negro Franklin Frazier, los periódicos de negros "tienen una intensa conciencia de raza y exhiben un orgullo considerable por las proezas de los negros, la mayor parte de las cuales son pequeños logros si se les mide con normas mas amplias". La auto-glorificación, que se encuentra en cierto grado en todos los grupos, se convierte con frecuencia en una contra-reacción al rebajamiento persistente desde afuera.

Pero es la condenación de los extra-grupos por triunfos excesivos lo que da origen a una conducta verdaderamente grotesca. Porque, después de algún tiempo y como cuestión de defensa propia, los extra-grupos llegan a persuadirse de que sus virtudes en realidad son vicios. Y esto constituye el episodio final de una tragicomedia de valores invertidos.

Tratemos de seguir la trama a lo largo de su intrincado laberinto de autocontradicciones. La admiración respetuosa para la ardua ascensión desde botones a presidente está profundamente arraigada en la cultura norteamericana. Esa larga y enérgica ascensión lleva consigo un doble testimonio: atestigua que las carreras están abundantemente abiertas al verdadero talento en la sociedad norteamericana, y atestigua el valer del individuo que se distinguió por su heroica ascensión. Sería injusto escoger entre las muchas valientes figuras que se abrieron camino, contra todas las desigualdades, hasta que llegaron al pináculo, donde se sentaron a la cabeza de la larga mesa de conferencias en el gran salón del Consejo. Tomada al azar, la saga de Frederick H. Ecker, presidente del consejo de una de las mayores empresas privadas del mundo, la Metropolitan Life Insurance Company, bastará como modelo. Desde un trabajo servil y mal pagado, llegó a una posición eminente. Una corriente incesante de honores fluyó bastante apropiadamente hacia este hombre de gran poder y grandes realizaciones. Sucede, aunque es asunto personal de este eminente financista, que el señor Ecker es presbiteriano. Pero hasta ahora no se ha levantado públicamente ningún anciano de la iglesia presbiteriana para declarar que la exitosa carrera del señor Ecker no debe tomarse demasiado en serio, que, después de todo, relativamente pocos presbiterianos han subido de los harapos a la riqueza, y que los presbiterianos en realidad no "controlan" el mundo de las finanzas, ni los seguros de vida, ni las inversiones en viviendas. Antes al contrario, habría que suponer que los ancianos presbiterianos se unen a otros norteamericanos imbuidos de las normas del éxito propias de la clase media para felicitar al eminentemente triunfador señor Ecker y aclamar a otros hijos de la fe que alcanzaron alturas casi iguales. Seguros en su situación de intra-

grupo, señalan con el dedo del orgullo y no con el dedo del desaliento el éxito individual.

Los éxitos notables de miembros de extra-grupos suscitan otras reacciones, inspiradas por la práctica de la alquimia moral. Manifiestamente, si el triunfo es un vicio, hay que rechazar los triunfos, o por lo menos desestimarlos. En estas circunstancias, lo que es motivo de orgullo para los presbiterianos puede convertirse en motivo de desaliento para los judíos. Si el judío es condenado por su éxito educativo, profesional, científico o económico, entonces es bastante comprensible que muchos judíos lleguen a pensar que esos logros deben ser reducidos al mínimo como un simple acto de defensa propia. Así cierran el círculo de la paradoja miembros de extra-grupos laboriosamente ocupados en asegurar al poderoso intra-grupo que ellos en realidad no son culpables de aportaciones desmesuradas a la ciencia, a las profesiones, a las artes, al gobierno y a la economía.

En una sociedad que de ordinario considera la riqueza como garantía de talento, un extra-grupo se ve obligado, por las actitudes invertidas del intra-grupo predominante, a negar que haya entre ellos muchos individuos ricos. "Entre las 200 empresas no bancarias más grandes... sólo diez tienen un presidente del consejo judío." ¿Es ésta una observación de un anti-semita, destinada a probar la incapacidad y la inferioridad de los judíos, que tan poco hicieron "por organizar las empresas que han hecho a los Estados Unidos"? No; es una réplica de la Liga Anti-Difamatoria de la B'nai B'rith a la propaganda anti-semita.

En una sociedad en que, como demostró una encuesta reciente del Centro de Investigación de la Opinión Nacional, la profesión de la medicina goza de más prestigio social que cualquiera de las otras noventa ocupaciones (salvo la de Presidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos), encontramos algunos portavoces judíos maniobrados por el intra-grupo atacante en la fantástica posición de declarar su "honda preocupación" por el número de judíos que hay en la profesión médica, que es "desproporcionado al número de judíos en otras ocupaciones". En una nación que sufre de escasez notoria de médicos, el médico judío se convierte en ocasión deplorable de honda preocupación, en vez de recibir aplausos por la trabajosa adquisición de conocimientos y pericias y por su utilidad social. Sólo cuando 105 Yankees de Nueva York se declaren hondamente preocupados por sus numerosos campeonatos en la Serie Mundial, tan desproporcionados con el número de triunfos conseguidos por otros equipos de la liga mayor, este acto de abnegación parecerá formar parte del orden normal de las cosas.

En una cultura que constantemente juzga a los profesionales como de valor social más elevado que aun los mejores desbastadores de madera y los mejores extractores de agua, el extra-grupo se encuentra en la anómala posición de señalar con alivio defensivo el gran número de pintores y empapeladores, enlucidores y electricistas, plomeros y laminadores judíos.

Pero falta aún por señalar la inversión definitiva de valores. Cada censo sucesivo registra que es cada vez mayor el número de norteamericanos en las ciudades y los suburbios. Los norteamericanos han recorrido el camino a la urbanización hasta que sólo quedó en el campo menos de la quinta parte de la población del país. Ya es tiempo, evidentemente, de que los metodistas y los católicos, los baptistas y los episcopalianos reconozcan la iniquidad de esta emigración de sus correligionarios a la ciudad. Porque, como es bien sabido, una de las acusaciones más importantes dirigidas contra los judíos es su nefanda tendencia a vivir en las ciudades. En consecuencia, los líderes judíos se encuentran en la increíble posición de apremiar defensivamente a su gente a trasladarse a las mismas zonas agrícolas que dejan rápidamente vacías las hordas de cristianos atraídos por la ciudad. Quizá esto no sea del todo necesario. El hacer cada vez más popular el crimen judío del urbanismo en el intra-grupo, puede tomar la forma de una virtud trascendente. Pero uno tiene que reconocer que no puede estar seguro de ello. Porque en esta loca confusión de valores invertidos, no tarda en hacerse imposible determinar cuándo la virtud es pecado y el pecado perfección moral.

En medio de esa confusión, un hecho permanece inequívoco. Los judíos, como las demás gentes, han hecho aportaciones distinguidas a la cultura universal. Téngase en cuenta sólo un catálogo abreviado. En el campo de la literatura de creación (y reconociendo grandes diferencias en la magnitud de las realizaciones), entre los autores judíos figuran Heine, Karl Kraus, Borne, Hofmannsthal, Schnitzler, Kafka. En la esfera de la composición musical figuran Meyerbeer, Felix Mendelssohn, Offenbach, Mahler y Schonberg. Entre los virtuosos musicales piénsese sólo en Rosenthal, Schnabel, Godowsky, Pachmann, Kreislers Hubermann, Milstein, Elman, Heifetz, Joachim y Menuhin. Entre los científicos con estatura suficiente para merecer el premio Nobel, examínese la familiar lista que contiene a Beranyi, Mayerhof, Eherlich, Michelson, Lippmann, Haber, Willstatter y Einstein. O en el esotérico e imaginativo mundo de la invención matemática, tómese nota únicamente de Kronecker, creador de la moderna teoría de los

números; Hermann Minkowski³ que suministró los fundamentos matemáticos de la teoría especial de la relatividad; o Jacobi, con sus trabajos fundamentales sobre la teoría de las funciones elípticas. Y así, en cada provincia especial de las realizaciones culturales, encontramos una lista de hombres y mujeres preeminentes que por casualidad eran judíos.

¿Y quién está tan laboriosamente ocupado en cantar alabanzas de los judíos? ¿Quién compiló tan diligentemente la lista de muchos centenares de judíos distinguidos que contribuyeron de manera tan notable a la ciencia, la literatura y las artes, lista de la cual sacamos los pocos casos que hemos mencionado? ¿Un filo-semita, ansioso de demostrar que su pueblo aportó la debida contribución a la cultura universal? No, ahora ya sabemos más acerca de eso. La lista completa se encontrará en la trigésima sexta edición del manual antisemita del racista Fritsch. De acuerdo con la fórmula alquímica para transmutar las virtudes del intra-grupo en vicios del extra-grupo, el autor ofrece esto como una llamada a lista de espíritus siniestros que usurparon las realizaciones debidas propiamente al intra-grupo ario.

Una vez que hemos comprendido el papel predominante del intra-grupo en la definición de la situación, la paradoja de la conducta aparentemente opuesta del extra-grupo negro y del extra-grupo judío cae por sí sola. La conducta de los dos grupos minoritarios es una reacción a los alegatos del grupo mayoritario.

Si se acusa a los negros de inferioridad y en apoyo de esa acusación se alega falta de aportaciones a la cultura universal, la necesidad humana de respeto a sí mismo y la preocupación por la seguridad los lleva con frecuencia a exagerar *defensivamente* todos y cada uno de los logros de individuos de la raza. Si se acusa a los judíos de excesivos triunfos y de ambiciones excesivas, y se hacen listas de judíos prominentes en apoyo de esa acusación, la necesidad de seguridad los impulsa a reducir defensivamente los logros reales de individuos del grupo. Tipos de conducta aparentemente opuestos tienen las mismas funciones psicológicas y sociales. La autoafirmación y la autoanulación se convierten en recursos para tratar de luchar contra la condenación por la supuesta deficiencia del grupo y contra la condenación por los supuestos excesos del grupo, respectivamente. Y con un fino sentido de superioridad moral, el seguro intra-grupo mira esas curio-

³ Evidentemente, hay que decir aquí de manera explícita el nombre propio, pues de otro modo Hermann Minkowski, el matemático, puede ser confundido con Eugen Minkowski quien hizo aportaciones tan notables a nuestros conocimientos sobre la esquizofrenia, o Con Mieczyslaw Minkowski, figura relevante entre los anatómicos del cerebro, o con Oscar Minkowski, descubridor de la diabetes pancreática.

sas realizaciones de los extra-grupos con una mezcla de burla y desprecio.

EL CAMBIO INSTITUCIONAL POR DECRETO

¿Continuará indefinidamente esta desoladora tragicomedia, señalada sólo por pequeños cambios en el cliché? No necesariamente.

Si los escrúpulos morales y el sentido de la decencia fuesen las únicas bases para poner fin al juego, en verdad podría esperarse que continuaría indefinidamente. En y por sí mismos, los sentimientos morales no son mucho más eficaces para curar los males sociales que para curar los males físicos. No hay duda de que los sentimientos morales contribuyen a motivar esfuerzos favorables al cambio, pero no son sustitutos de medios persistentes para conseguir el objetivo, como lo atestigua el densamente poblado cementerio de utopías de pocas luces.

Hay muchos indicios de que puede ponerse un fin deliberado y planeado al funcionamiento de la profecía que se cumple a sí misma y al círculo vicioso de la sociedad. La secuela de nuestra parábola sociológica del Last National Bank proporciona una pista del modo en que esto puede realizarse. Durante los fabulosos "veintes", en que Coolidge sin duda produjo una era republicana de exuberante prosperidad, suspendieron a la callada sus operaciones un promedio de 635 bancos por año. Y durante los cuatro años inmediatamente anteriores y posteriores a la gran quiebra, en que es evidente que Hoover no produjo una era republicana de inactiva depresión, ésta subió de pronto a un promedio más espectacular de 2.276 suspensiones bancarias por año. Pero, cosa muy interesante, en los doce años que siguieron a la creación de la Federal Deposit Insurance Corporation y a la promulgación de otra legislación bancaria, mientras presidió Roosevelt la depresión y el restablecimiento democráticos, el receso y el auge, las suspensiones de bancos bajaron a un escaso promedio de 28 por año. Quizá los pánicos del dinero no fueron conjurados institucionalmente por la legislación. Sin embargo, millones de depositantes no tuvieron ya motivo para dar lugar a carreras hacia los bancos motivadas por el pánico, simplemente porque un cambio institucional deliberado había eliminado las causas de pánico. Los motivos de la hostilidad racial no son constantes psicológicas más innatas que los motivos del pánico. A pesar de las enseñanzas de psicólogos aficionados, el pánico y la agresión racial ciegos no están enraizados en la naturaleza humana. Esos tipos de conducta humana son en gran

parte producto de la estructura modificable de la sociedad.

Una pista más la proporciona nuestro ejemplo de la hostilidad generalizada de los sindicalistas blancos contra los rompe-huelgas negros llevados a la industria por los patronos después de terminada la primera Guerra Mundial. Una vez que se vino abajo la definición inicial de los negros como no merecedores de la afiliación a los sindicatos, el negro, con un margen mayor de oportunidades para trabajar, ya no halló necesario entrar en la industria por las puertas que tenían abiertas los patronos que luchaban contra las huelgas. Además, cambios institucionales apropiados rompieron el círculo trágico de la profecía que se cumple a sí misma. Cambios sociales deliberados dieron el mentís al firme convencimiento de que "no está precisamente en la naturaleza de los negros" unirse con espíritu cooperativo a sus compañeros blancos en los sindicatos.

Tomamos un caso final de un estudio sobre una empresa de viviendas bi-raciales. Situada en Pittsburgh, esta comunidad de Hilltown está formada de un cincuenta por ciento de familias negras y un cincuenta por ciento de familias blancas. No es una utopía del siglo XX. Allí, como en todas partes, hay algunos rozamientos interpersonales. Pero en una comunidad formada por igual número de individuos de las dos razas, menos de la quinta parte de los blancos y menos de la tercera parte de los negros informan que esos rozamientos tienen lugar entre individuos de *diferente* raza. Por su propio testimonio, se limitan en gran parte a desacuerdos *dentro* de cada grupo racial. Pero sólo uno de cada veinticinco blancos *esperaba* al principio que las relaciones entre las razas de la comunidad marchasen suavemente, mientras que cinco veces más esperaban molestias graves, y el resto preveía una situación tolerable si no del todo agradable. Y basta ya de expectativas. Después de revisar su experiencia real, tres de cada cuatro de los blancos más aprensivos hallaron con posterioridad que las "razas se llevan bastante bien", después de todo. No es éste el lugar adecuado para exponer los resultados de ese estudio en detalle, pero en esencia demuestra una vez más que *en condiciones institucionales y administrativas adecuadas*, la experiencia de la amistad interracial puede suplantarse al miedo al antagonismo interracial.

Esos cambios, y otros del mismo género, no ocurren automáticamente. *La profecía que se cumple a sí misma, por la cual los temores se traducen en realidades, funciona sólo en ausencia de controles institucionales deliberados.* Y únicamente rechazando el fatalismo social implícito en la idea de que la naturaleza humana es inmodificable puede rom-

perse el círculo trágico de miedo, desastre social y miedo reforzado.

Los prejuicios étnicos mueren, pero lentamente. Puede contribuirse a llevarlos hasta el umbral del olvido, no insistiendo en que su supervivencia es irracional y que no la merecen, sino suprimiendo el sustento que ahora les proporcionan ciertas instituciones de nuestra sociedad.

Si dudamos de la capacidad del hombre para controlar al hombre y su sociedad, si persistimos en nuestra tendencia a hallar en las normas del pasado el plano del futuro, quizá es hora ya de que reconozcamos de nuevo la sabiduría de la observación que Tocqueville formuló hace un siglo: "Estoy tentado a creer que las instituciones que llamamos necesarias no son con frecuencia más que instituciones a las que nos hemos acostumbrado, y que en materias de constitución social el campo de posibilidades es mucho más extenso de lo que están dispuestos a imaginar los individuos que viven en sus diferentes sociedades."

Y no pueden citarse como pruebas en favor del pesimismo los frecuentes, y hasta típicos, fracasos en la planeación de relaciones humanas entre grupos étnicos. En el laboratorio universal del sociólogo, como en los laboratorios más reclusos del físico y del químico, lo decisivo es el experimento que tiene éxito, y no los mil y un fracasos que lo precedieron. Se aprende más de un solo éxito que de múltiples fracasos. Un solo éxito demuestra que puede hacerse. Después, lo único que hay que aprender es lo que le hace funcionar. Este es, por lo menos, el que yo considero el sentido sociológico de las reveladoras palabras de Thomas Love Peacock: "Todo lo que es, es posible."